

## Explorar, conocer: los intérpretes y otros mediadores en los viajes andaluces de descubrimiento y rescate

*Iciar Alonso Araguás*

Universidad de Salamanca

Esta comunicación aborda un breve período histórico, el de los llamados viajes andaluces de descubrimiento y rescate (1499-1502), con la intención de desbrozar una cuestión apenas documentada aunque de gran relevancia para la comprensión histórica: cómo se solucionaba en la práctica la dificultad de comunicación entre exploradores y nativos durante los primeros años del descubrimiento de América.

Bajo la hipótesis de que esta dificultad no había sido convenientemente prevista por los responsables de la expedición y, desde luego, no adecuadamente solucionada, interpretamos la relación establecida con los nativos a la luz de las tesis de Todorov sobre la conquista de América. Pretendemos mostrar que la imposibilidad de comunicación y la falta de soluciones eficaces a este problema truncaban en parte la misión de “explorar” y cartografiar nuevos territorios y fueron un escollo que impedía “conocer” nuevas gentes.

Para ello rastreo la huella de quienes, de forma oficial o improvisada, ejercieron como intérpretes en las múltiples facetas de mediación que este oficio conllevaba en los viajes de descubrimiento. El estudio se centra especialmente en el primer viaje de Alonso de Ojeda (1499-1500).

### INTRODUCCIÓN

Los denominados “viajes andaluces de descubrimiento y rescate” se sucedieron de forma ininterrumpida en los albores del siglo XVI, entre 1499 y 1502 aproximadamente. Todos ellos tuvieron como referencia la

515



ruta del tercer viaje colombino y algunos llegan incluso a coincidir en el tiempo con la estancia del Almirante en las Indias. Se habla de *viajes menores* porque se trata de empresas de inferior calado si se comparan con las expediciones precedentes y posteriores. Surgen por iniciativas de particulares y los reyes las autorizan como alternativa a los gastos que ocasionaban a la Corona las grandes expediciones. Y son *de reconocimiento y rescate* porque se dirigen a una zona ya descubierta por Colón (Trinidad, isla Margarita y la costa norte de la actual Venezuela) con el objetivo de reconocer la costa y adentrarse en el interior “rescatando”, es decir, obteniendo mediante trueque todo aquello que pudieran considerar de interés lucrativo.

Desde el punto de vista cartográfico, estos viajes aportaron notables avances en el conocimiento de la geografía de la región hasta el cabo de San Agustín, en Brasil, si bien, como es de sobra conocido, fueron un desastre económico para quienes fletaron las expediciones con la esperanza de un rápido enriquecimiento. Con todo, estos viajes no están exentos de atractivo para quien indaga, como es mi caso, en los modos de aproximación y comunicación de europeos e indígenas en la época del Descubrimiento. Por eso, pretendo examinar aquí el espíritu que presidió el acercamiento a las nuevas tierras “descubiertas” en los viajes andaluces, y en particular en el primero de los viajes de Ojeda a la región de Paria (1499-1500), con la certidumbre de que en estos “descubrimientos” encontramos también un ejemplo paradigmático del descubrimiento que el *yo* hace del *otro* (Todorov).

Lo que desencadena mi curiosidad y guía la intención de mis preguntas es el estupor que experimentaron, de una y otra parte, quienes, procedentes de mundos, culturas y lenguajes tan diversos, se vieron abocados –ya sea por la fuerza o *de motu proprio*– al encuentro con el Otro y, por añadidura, a la comunicación entre culturas. Es ese mismo estupor que constata Tzvetan Todorov y que induce a tratar al Otro de “bárbaro”, solo por hablar en un idioma incomprensible: “Chacun est le barbare de l’autre, il suffit pour le devenir de parler une langue que cet autre ignore”.

Consideraré de manera global el papel de “los intérpretes y otros mediadores”, porque quizá sea demasiado osado otorgarles el calificativo de intérprete, tal como hoy lo entendemos, y porque me interesa aquí toda actividad que tuviera como fin procurar el buen entendimiento entre las gentes, y eso pasa no solo por el idioma, sino por una mediación lingüística y cultural en el sentido más amplio de la palabra.



Para no alargar en exceso mi exposición, he limitado la búsqueda al primer viaje de Alonso de Ojeda en 1499-1500, pionero en la serie de los *viajes andaluces*. Pero me ha parecido interesante volver también la vista, de vez en cuando, a lo que ocurre en las otras expediciones que por las mismas fechas salen del puerto sevillano de Las Muelas, de Palos, Sanlúcar o Cádiz y se desarrollan en circunstancias parecidas (Yáñez Pinzón, Alonso Niño o Diego de Lepe).

#### LAS FUENTES

La documentación de que disponemos acerca de los viajes andaluces es mucho menor y se encuentra mucho más fragmentada si la comparamos con la que nos ha llegado sobre los viajes colombinos y el resto de las grandes expediciones de principios del siglo XVI (Ponce de León, Díaz de Solís, Magallanes, Hernández de Córdoba, Grijalva y Cortés, entre otros). Lejos de mi ánimo la intención de abordar esta cuestión desde una perspectiva puramente historiográfica, pues sobre estos aspectos existen rigurosísimos estudios de historiadores de primera fila en los que se ha tratado a fondo la autenticidad histórica de cada una de las etapas del viaje y los menores del mismo. Así que en este campo me remito a los trabajos y conclusiones de voces muchos más autorizadas que la mía, como la de Carlos Seco Serrano (1992) y Gerald Anderson (1960).

Recurriré aquí a dos cronistas cuyos relatos voy a utilizar en paralelo: Las Casas y Mártir de Anglería. El primero de ellos porque su fiabilidad histórica ha quedado fuera de toda duda<sup>1</sup> en lo que respecta a la segunda parte del viaje de Ojeda, lo que lo convierte en un informante muy valioso en nuestro ámbito de estudio. Y, además, porque se trata de uno de los cronistas que mayor sensibilidad muestra hacia las cuestiones lingüísticas, un aspecto que suele pasar más desapercibido a la mayoría de los cronistas de Indias. El segundo de nuestros confidentes no estuvo nunca en América. Tuvo, sin embargo, la sensatez del historiador riguroso a la hora de acudir a informantes que o bien participaron directamente en los hechos que se relatan (como es el caso de Fernández de Enciso –el teniente de Ojeda–, el

<sup>1</sup> Seco Serrano, C.: “El viaje de Alonso de Hojeda en 1499: últimas conclusiones”, en *Actas del Congreso de Historia del Descubrimiento (1492-1556)*, Real Academia de la Historia, Madrid, 1992, págs. 11-36; Anderson, G.: “Alonso de Hojeda: su primer viaje de exploración”, *Revista de Indias*, 79, Madrid, 1960, págs. 11-65.



piloto Andrés Morales, Alonso Niño o el propio Vicente Yáñez), o bien tuvieron un papel relevante en la toma de las decisiones políticas que los propiciaron. Por otro lado, Pedro Mártir es a la vez una de las fuentes que utiliza Las Casas para el relato de estos episodios.

Existen otras fuentes no intencionales integradas por documentos oficiales de la época (reales cédulas, órdenes, instrucciones, licencias y autorizaciones, y, en general, la correspondencia oficial) que, de una manera indirecta, también pueden aportar datos a nuestro objeto de estudio.<sup>2</sup> Y con este fin he acudido al *corpus* documental que ofrece la obra de Fernández de Navarrete (1954-55) y a determinados documentos recogidos por Manzano y Manzano (1988), en busca de alguna pista que arroje luz sobre la actuación –o la inexistencia, si es el caso– de mediadores lingüísticos durante la expedición de Ojeda. Esta documentación complementaria puede llenar en parte las lagunas dejadas por los cronistas, sobre todo en lo relativo a la fase preparatoria del viaje, y aportar elementos comparativos de otras expediciones coetáneas a aquella.

#### LA IMPORTANCIA DE LOS PROBLEMAS DE COMUNICACIÓN

La expedición de Ojeda encuentra a los primeros indígenas en la región de Paria. La mayoría de los cronistas nos refiere estos encuentros obviando casi siempre los enormes problemas de comunicación que existieron, pues a nadie se le oculta que al principio los idiomas de unos tuvieron que ser necesariamente incomprensibles para los otros.

Es cierto que, una vez sobre el terreno, en las primeras aproximaciones se recurre al lenguaje de las señas (por otra parte, en absoluto universal) y de los obsequios, y en más de una ocasión estos métodos permiten entablar contacto con el indígena, pero en otras fallan estrepitosamente. Lo mismo que ocurrió en los primeros viajes de Colón, se repite ahora en la expedición de Ojeda:

<sup>2</sup> La famosa *Pesquisa*, un juicio iniciado en La Española contra Alonso de Ojeda en el año 1500, con su viaje aún reciente, ha sido valorada por Seco Serrano como uno de los documentos más fiables para la primera parte del viaje de Ojeda. Teniéndola en cuenta, y considerando que la finalidad de este estudio no es la de establecer de forma exhaustiva la autenticidad histórica de los detalles del viaje, me ha parecido útil manejar también otras fuentes en las que podemos encontrar –aunque siempre de forma no intencionada y casual– noticias de interés sobre las cuestiones relativas a la mediación lingüística y cultural.



*Los indios páranse los a mirar como pasmados; pónense luego en huida al más propincuo monte; los cristianos, con señales de paz y amistad los halagaban, pero ellos no curaban de creellos.*

*Hiciéronles los cristianos señas de amistad y que se viniesen a ellos; no qui- sieron...Lléganse a los cristianos, y poco a poco pierden el miedo, y por señas les dicen que aquellas chozas no son sus casas principales.<sup>3</sup>*

Y en la de Alonso Niño:

*no osaron salir, ni fiarse de ellos, sino por señas les decían que viniesen al navío con sus canoas o barquillos...Ellos, por señas y mostrándoles las cosas de Castilla, trabajaron de halagarlos, pero nunca pudieron.<sup>4</sup>*

*Pedro Niño...con gestos y señas les dio a entender que se le acercaran con sus canoas.<sup>5</sup>*

El acercamiento mediante obsequios y regalos unas veces funciona..., y otras no:

*llamaron [los de Ojeda] a las gentes como con señuelos, mostrándoles cascabeles y espejuelos y otras cosas de Castilla; ellos, siempre temiendo no fuesen cebo de anzuelo o carne de buitrera, no los creían.<sup>6</sup>*

Tampoco en el primer viaje de Vicente Yáñez:

*intentaron, pues, atraerlos con halagos y ofrecimiento de obsequios, pero ellos, como que estaban resueltos a no tener con los nuestros ningún trato, rehusaron toda plática, recibiendo sus palabras y gestos en actitud guerrera; así se retiraron unos y otros.<sup>7</sup>*

Aunque sí hay más suerte en algún momento de la expedición de Alonso Niño:

*De que vieron su simplicidad, su inocencia y humanidad, salieron los cristianos en tierra: hácenles mil caricias, mil regalos.<sup>8</sup>*

3 Las Casas, Bartolomé de, *Historia de las Indias*, vol. I, cap. 165, págs. 431 y 434-5.

4 *Ibidem*, vol. I, cap. 170, págs. 451-2.

5 Anglería, P. Mártir de: *Décadas del Nuevo Mundo*, I, cap. 8, pág. 70, y Fernández de Navarrete, M.: *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, Madrid, 1954-55, vol. II, "Noticia histórica", 22.

6 Las Casas, *Historia de las Indias*, cap. 164, pág. 432.

7 Anglería, *Décadas*, I, cap. IX.

8 Las Casas, *Historia de las Indias*, I, cap. 170, pág. 451.



Junto a estos primeros intentos de aproximación, con resultados desiguales, el cronista da noticia de auténticas conversaciones, que a veces adquieren forma de indagaciones, sobre los temas más variados. Abundan los relatos en los que se transcriben hipotéticos diálogos entre españoles e indígenas del estilo: “el capitán les dijo...”, “los indios les informaron de que...”, “y así de buena amistad...conversaron con ellos”, “y allí supo de los indios”, “preguntaron a los indios que dónde se cogía aquel estiércol; respondieron que seis días de allí de andadura”, “habiéndole preguntado la índole y costumbres de los caníbales, dijo que...”, unas conversaciones que tuvieron que desarrollarse necesariamente en sus idiomas originales en medio del más absoluto desconocimiento mutuo de las lenguas. Pero ello no parece ser óbice para bloquear el diálogo, y las conversaciones discurren con fluidez como si el buen entendimiento entre lenguas extrañas fuera algo espontáneo y natural. Nada más chocante, sin embargo, que esta sucesión de diálogos de índole diversa y sin presencia de interlocutores conocedores de ambos idiomas. ¿No había intérpretes y nadie se preocupó de que los hubiera porque no les hacían falta? ¿El diálogo transcribe en realidad una conversación por señas? ¿O, en realidad, la conversación no discurría con la fluidez que reflejan las crónicas y estamos hablando entonces de “diálogos de sordos”? ¿O es que había intérpretes pero el cronista no cree necesario mencionarlo por considerarlo un hecho demasiado evidente?

No menos sorprendentes pueden parecer los denominados “actos de toma de posesión” o “actos posesionales”, que todas las expediciones (así ocurre en la de Vicente Yáñez o en la de Diego de Lepe) acostumbran a celebrar para ratificar su toma de posesión de las tierras recién descubiertas. Estos actos posesionales, que a veces se limitaban a la inscripción simbólica del nombre en un árbol o en alguna roca, adoptaban en ocasiones la forma de actos jurídicos con finalidad legitimadora y rubricados en lengua castellana (¿en cuál si no?) sin presencia ninguna de intérpretes o mediadores capaces de informar a los nativos sobre el alcance de aquellos actos.

Las Casas no permanece insensible a esta circunstancia y su *Historia* aparece trufada de ejemplos que dan fe de los muchos obstáculos con los que se enfrentaban europeos y nativos en sus encuentros y desencuentros.<sup>9</sup> Es el propio dominico quien califica en algún momento de “ficción” la ilusión de un diálogo casi siempre inexistente: “Todas estas cosas cuenta

<sup>9</sup> *Ibidem*, I, cap. 165, pág. 439: “No sé yo quién era de estos contratos y de todas las demás palabras (pues en treinta y siete días no pudieron saber su lengua), el intérprete”.



Américo en su primera navegación, muchas de las cuales no era posible en dos y en tres, ni en diez días que podían estar o estaban entre los indios, no entendiéndoles palabra una ni ninguna...Y por esto, sólo aquello que por los ojos veían o podían ver, como era lo que comían y bebían, y que andaban desnudos y eran de color tal y grandes nadadores y otros actos exteriores, lo podemos creer; *lo demás parece todo ficciones*".<sup>10</sup> Incluso atemperando la crítica siempre afilada de Las Casas, cabe pensar que en realidad ese diálogo fluido sólo existía en la imaginación del explorador, de Ojeda, de Colón, de Yáñez y de todos los demás, es decir, en la representaciones de un interlocutor que, desconocedor del idioma y a falta de traducción, interpreta lo que quiere oír.

La documentación con la que contamos ofrece informaciones –más o menos detalladas según los casos– acerca de los tripulantes enrolados en las expediciones, de sus oficios y de los aprestos considerados imprescindibles para iniciar el viaje. Conocemos también lo dispuesto en las capitulaciones previas al viaje por las que la Corona otorga el derecho de “ir a descubrir” sujeto a unas condiciones muy precisas. En ellas tienen un papel destacadísimo las figuras del “veedor” y del escribano, por ser los responsables de controlar los rescates y las mercancías que entraban y salían de los navíos, llevar las cuentas y asegurar el quinto real que había de ingresarse en las arcas de la Corona. Pero, en cambio, no he encontrado en las fuentes mencionadas ninguna previsión –ni mucho menos reglamentación– a la hora de dotar con intérpretes a las expediciones (algo que, como es bien conocido, sí ocurre en el primer viaje colombino, aunque el intérprete en cuestión no tuviera apenas la oportunidad de ejercer). Así que nos causa cierta extrañeza pensar que entre los oficios y bastimentos de primera necesidad con que se pertrechan los navíos no aparezca por ninguna parte el lengua-intérprete o, si aparece, no se declara explícitamente su función. Nada de ello se dice en los asientos, licencias y capitulaciones otorgados en estos años a los navegantes o armadores, y apenas encontramos instrucciones o recomendaciones<sup>11</sup> de esta época sobre la conveniencia de utilizar

<sup>10</sup> Las Casas, *Historia*, I, cap. 165, pág. 434. (La cursiva es mía).

<sup>11</sup> Aunque sí las hubo unos años antes, durante la preparación del segundo viaje colombino, cuando se dispuso el regreso de los indios traídos a la Península para que ayudaran a uno de los religiosos a predicar la fe católica en América, “pues ellos sabrán e entenderán ya mucho de nuestra lengua, e procurando de los instruir en ella lo mejor que ser pueda”. Véase la Instrucción Real de 29 de mayo de 1493 a Cristóbal Colón, así para el viaje que iba a hacer a las Indias como para el buen gobierno de la nueva colonia, en Fernández de Navarrete, *Colección de los viajes y descubrimientos*, vol. I, págs. 338-342.



intérpretes o servirse de los nativos del lugar para desempeñar las valiosas funciones de mediación que después, en la práctica, sí se ven obligados a realizar. Sin embargo, hacía ya como mínimo seis años que Colón había vuelto de su primer viaje, y los *viajes andaluces* que comienzan en torno a 1500 se dirigen muchos de ellos a las mismas zonas recorridas por el Almirante en el tercero. Sería, pues, de esperar, que alguna de las expediciones hubiera tomado iniciativas para paliar los problemas lingüísticos con los que todos ellos se encontraban en zonas geográficas relativamente próximas entre ellas.

Por otro lado, sí tenemos constancia de que desde 1492 se están enviando indios a la Península, y en algunos casos se advierte expresamente de que el objetivo es que aprendan el castellano para poder más tarde servir como intérpretes. ¿Qué ocurría con ellos durante ese posible “período de formación” en España? ¿Quién se ocupaba de enseñarles el idioma? ¿Volvían efectivamente de regreso a su tierra natal? A este asunto vamos a referirnos a continuación.

#### LAS INICIATIVAS DE MEDIACIÓN LINGÜÍSTICA

Los viajes de reconocimiento y rescate que se lanzaron a la “loca carrera de las Indias” fueron, sobre todo, empresas comerciales que buscaban el enriquecimiento rápido de sus protagonistas, toda vez que las perspectivas abiertas por los primeros viajes colombinos habían avivado en muchos la esperanza de cambiar la suerte de su destino. Quizás, por ello, el interés inicial por solventar los escollos de la comunicación con los nativos fuera muy secundario en Ojeda y su expedición, y por añadidura en las expediciones que sucedieron a ésta en los mismos años,<sup>12</sup> aunque sin duda alguna ello habría redundado en beneficio propio.

Los intereses que prevalecen son otros, efectivamente. Nadie, ni siquiera los propios protagonistas de los hechos ni tampoco las numerosas disposi-

12 Las voces de los más críticos, como Las Casas, han subrayado reiteradamente este extremo: “Harto fuera mejor y con menos escrúpulo se hiciera, dejállos ir e mostralles mansedumbre y dalles a entender que no les querían hacer mal, por señas, ni venían a eso, enviándoles de las cosillas de Castilla, y vencieran el mal con bien, e fuera cristiano ejemplo; pero no iban a esto, sino a buscar oro y perlas”. Las Casas, *Historia*, vol. I, cap. 165, pág. 434. “Presumieron de se atrever a tomar el hilo en la mano que el Almirante les había mostrado, y venir por este Océano a descubrir adelante, más por allegar oro y perlas, como creo que no será pecado sospechar, que por dar nuevas de las mercedes que de Dios habían recibido”. *Ibidem*, cap. 170, pág. 450. “No iban por fin de Dios alguno, sino pretendiendo su provecho temporal”. *Ibidem*, cap. 172, pág. 457.





ciones oficiales que dan instrucciones precisas para actuar en los territorios descubiertos, oculta que lo que se busca en el diálogo con los nativos son, en primer lugar, informaciones útiles que permitan encontrar el oro y las perlas tan apreciadas en la Península o que orienten sobre la cartografía de la región (el hallazgo del célebre paso a las Indias). Y esos otros intereses condicionaron en parte –eso es lo que quiero mostrar aquí– las soluciones elegidas para esquivar las dificultades de comunicación con los nativos.

Según aparece en las fuentes consultadas, las iniciativas adoptadas en los primeros viajes de descubrimiento (en este caso el de Ojeda, aunque extrapolables también a lo que ocurría en otras exploraciones de la época) apuntaban más al servicio de los indios en tareas de interés para los colonizadores que a la creación de canales eficaces de comunicación o a la inversión a medio plazo en el aprendizaje de la lengua. Quizá tuvo que ver con ello la provisionalidad de esos primeros asentamientos, el propio carácter de exploraciones itinerantes que tenían los viajes y la brevedad de las estancias previstas. Como quiera que sea, en estos primeros años del siglo XVI no detectamos en los expedicionarios de los *viajes menores* una preocupación notoria por asegurar una mediación lingüística eficaz.

Tengamos en cuenta que no existe todavía una clara política lingüística dirigida desde la metrópoli y que, durante estos primeros años, estamos asistiendo a tanteos y ensayos múltiples en lo que a las fórmulas de comunicación intercultural se refiere. Por lo general, y tal como ocurre en casi todos los casos de colonización e inculturación, suele ser el vencido quien aprende la lengua del vencedor.<sup>13</sup> De ahí que los primeros que ejercen el oficio de mediación lingüístico-cultural sean los indios. Los españoles asimilarán la lengua de los nativos cuando estén en inferioridad de condiciones (como es el caso de los naufragos) o cuando exista una política específica que así lo disponga (incluida, por supuesto, la política evangelizadora). En ambos casos, ello supone un período relativamente largo de permanencia en una determinada región y, desde luego, un cierto grado de integración de los colonos españoles en la cultura y en la sociedad indígena,<sup>14</sup> algo poco habitual en las primeras exploraciones de reconocimiento y rescate.

13 Véase Todorov, T.: *La conquête de l'Amérique. La question de l'autre*. Paris, 1982, pág. 275.

14 Durante la segunda expedición de Ojeda (1502), los exploradores se encontraron en el puerto de Santa Cruz (al norte de Venezuela) con un personaje de esas características y que muy probablemente ejercería en algún momento como intérprete. Era Juan de Buenaventura, a quien Rodrigo de Bastidas había abandonado tiempo atrás “en la provincia de Citarma [Santa Marta, Venezuela], *que es tierra nevada*, y había permanecido trece meses tratando con los indios y aprendiendo su lengua”. Véase Fernández de Navarrete, *Colección de los viajes y descubrimientos*, vol. II, “Noticia histórica”, pág. 33.



Pero lo más frecuente es, efectivamente, que sea el indio el que se responsabilice de acercar las palabras de unos al idioma de los otros. Y en las fuentes consultadas se encuentran ejemplos múltiples que pasan todos ellos por la captura de indios en las tierras exploradas, una costumbre practicada con finalidades muy diversas:

- la venta de esclavos en España o en territorio americano;
- el envío de indígenas a la Península para enseñarles el idioma;
- la utilización de nativos como mensajeros;
- la costumbre de “tomar lengua”.

La captura de indios como esclavos,<sup>15</sup> en muchos casos para ser vendidos en la Península, era una práctica habitual y deliberada, pues los promotores de los viajes contaban con los beneficios de esta venta para sufragar una parte de los gastos de la expedición. Sabemos que la reina Isabel rechazó esta práctica en cuanto empezaron a llegar a España los primeros indios cautivos embarcados en los navíos españoles, y ordenó además que los prisioneros fueran puestos en libertad de forma inmediata. Sin embargo, no parece que la normativa se cumpliera escrupulosamente durante esos primeros años, máxime cuando en 1503 la propia soberana levanta parcialmente esta prohibición para excluir de ella a los indios de la tribu de los caníbales “pagándonos la parte que dellos nos pertenesca, e para que los puedan vender e aprovecharse dellos, sin que por ello cayan nin incurran en pena alguna”.<sup>16</sup>

Con respecto al envío de esclavos a la Península para enseñarles el idioma, no dispongo todavía testimonios suficientes como para poder valorar la importancia de esta práctica y su eficacia real. Era un método que ya se había empleado anteriormente, a juzgar por la documentación oficial que reflejaba, varios años antes, la llegada de indios esclavos para tal fin, aunque no es fácil averiguar si se cumplió o no el objetivo último de aprender

15 Las Casas, *Historia de las Indias*, vol. I, caps. 63, 66, 68, 72 y 73; Anglería, *Décadas*, I, cap. IX. “Tomó Diego de Lepe ciertos indios, los cuales el dicho Diego de Lepe trajo en los navíos y los entregó al obispo D. Juan de Fonseca en esta ciudad de Sevilla...no supe de éstos qué más hicieron”. Las Casas, *Historia*, cap. 173, pág. 459. También Pero Alonso Niño embarca a un grupo de indígenas, es de suponer que con idéntico fin: “no consiguieron ninguna ventaja apetecible, como oro y piedras preciosas. Se llevaron por eso de allí [de la región de Paria] treinta y seis cautivos”. Anglería, *Décadas*, I, cap. IX.

16 Provisión Real de 30 de octubre de 1503, en Fernández de Navarrete, *Colección de los viajes*, vol. I, págs. 532-533.



la lengua castellana.<sup>17</sup> Si bien en algunas ocasiones queda constancia en la correspondencia oficial de esa intención pedagógica, hay razones para dudar de que así se cumpliera en todos los casos. Si efectivamente la hubo, la finalidad formativa y la finalidad lucrativa no aparecen separadas con total nitidez, y parece más sensato pensar que el destino final de todos ellos era, por lo general, su venta en la Península<sup>18</sup> o la permanencia de los mismos como esclavos al servicio personal de quienes los habían embarcado o de las autoridades a las que eran entregados (el obispo Juan Rodríguez de Fonseca, por ejemplo), aunque es cierto que la convivencia con castellano-parlantes les ayudaría, además, a familiarizarse con la lengua.

Del grupo de navegantes y exploradores que dieron nombre a los *viajes andaluces*, seguramente es Vicente Yáñez Pinzón el que más consciente parece ser de la necesidad de disponer de intérpretes y quien más se esfuerza por poner los medios para contar con ellos en visitas posteriores (o al menos así reflejan las crónicas y otros documentos). Motivos tenía, sin duda, pues, después de haber capitaneado la carabela *La Niña* en el primer viaje colombino, vuelve a América reiteradamente formando parte de varios *viajes andaluces*.

Existe constancia escrita de los conocimientos de castellano adquiridos por un esclavo que Yáñez trajo a España en su segundo viaje y que los Pinzón se negaban a regalar o vender por ser “muy necesario para ellos, porque dicen que sabe bien nuestra lengua y la de los dichos indios”.<sup>19</sup> No sabemos si fue un aprendizaje espontáneo o si formaba parte de un hipotético plan de formación lingüística por parte de los hermanos Pinzón con la intención final de reenviarlo a las Indias en funciones de intérprete, pues las fuentes sólo nos informan de la reclamación de ese esclavo, cuyos conoci-

17 En 1495, durante su segunda estancia en las Indias, Colón había enviado un grupo de nueve indios para que aprendieran la lengua, aunque no sabemos exactamente cuál fue su destino final. Fernández de Navarrete ofrece una serie de documentos que permiten seguir una parte de su trayectoria gracias a las cartas enviadas por los Reyes a distintas personas para instarles a que se cumpla el objetivo pedagógico de su envío a España. Fernández de Navarrete, *Colección de los viajes*, vol. I, págs. 401-407.

18 En *El cielo a dentelladas* (Madrid, Ediciones B, 2001) Antonio Sarabia recrea con un talento literario no exento de sensibilidad hacia estas cuestiones el ambiente que se vivía alrededor del puerto de Las Muelas y el Arenal de Sevilla. Su relato reconstruye de forma novelesca la suerte del esclavo Cristobalillo, un muchacho indio que el padre de Bartolomé de Las Casas regala a su hijo a la vuelta de uno de sus viajes de América.

19 El documento en cuestión es una Real Cédula fechada en Granada el 20 de junio de 1501 y dirigida al corregidor de Palos para que se restituya a los hermanos Pinzón un esclavo que estos habían traído del Brasil, publicada por Manzano y Manzano, Juan: *Los Pinzones y el Descubrimiento de América*, Madrid, 1988, vol. III, pág. 36.



mientos le otorgan un valor superior al del esclavo común. Seguramente Yáñez no pudo o no pensó en recurrir a él para su tercera expedición, pues el cronista Anglería nos cuenta que en la región de Cumaná (al noreste de la actual Venezuela) los indios enviaron mensajeros a Vicente Yáñez, y estos “pidieron la paz, según se pudo colegir de sus señas y ademanes, aunque los nuestros confiesan que no pudieron entender ni una sola de sus palabras”.<sup>20</sup>

En el tercero de estos viajes (junio de 1506 - octubre 1509), vuelve a tomar cautivos y tiene la precaución de dejárselos a Colón en La Española con idéntico propósito: “a fin de que aprendiendo nuestro idioma, se pudiese utilizar luego como intérpretes en la exploración de lo oculto de aquellas regiones”.<sup>21</sup>

La utilización de indios como mensajeros<sup>22</sup> para llevar cartas y recados transmitidos oralmente también está documentada en las crónicas de la época, aunque me limito aquí a citarla sin tratar el tema de manera más amplia, pues la presencia del indio mensajero aparece con mucha mayor relevancia y detalles más pormenorizados en las grandes campañas del interior del continente.

La costumbre de “tomar lengua” o de hacerse con un indio del lugar para utilizarlo puntualmente como guía, informador, emisario o intérprete, según los casos, es el medio más rápido y socorrido del que se sirven las primeras expediciones y también los navegantes andaluces. Pero no siempre dio los resultados esperados. “Tomar lengua” no era una tarea sencilla, como tampoco lo fue la de “hacer aguada” (abastecerse de agua dulce), pues la hostilidad de los nativos podía convertirlas en misiones imposibles. Por lo demás, suele tratarse de tareas puntuales, misiones muy cortas que concluyen una vez traspasada la zona geográfica en la que se habla una determinada lengua (una circunstancia, por lo demás, harto frecuente). El indio deja entonces de ser útil y se le pone libertad, si es que no ha tenido antes la ocasión para huir de sus captores.

Cabe preguntarse, además, cómo se las arreglaba el “indio lengua”, intérprete forzoso que, dadas las circunstancias, ignoraba el idioma de sus captores, para dar a los exploradores la información que le pedían, pues es de suponer que los pocos días –a veces horas– que permanecía con ellos

<sup>20</sup> Anglería, *Décadas*, II, libro VII. Citado en Manzano, J., *Los Pinzones*, vol. III, doc. 32, pág. 77.

<sup>21</sup> *Ibidem*, págs. 79-80.

<sup>22</sup> Las Casas, *Historia de las Indias*, vol. I, caps. 67-68.



difícilmente bastarían para proporcionarle un conocimiento suficiente del castellano. Y el conocer las dos lenguas con las que se trabaja es, no lo olvidemos, un requisito imprescindible para poder interpretar.

#### EXPLORAR SIN CONOCER. CONCLUSIONES

Las diversas estrategias que acabo de exponer no dejan de ser tentativas aisladas, y no siempre coronadas de éxito, en una situación donde prima, sin embargo, el desconocimiento y la incomunicación.

Los viajes andaluces supusieron un importante avance para la cartografía de la época y abrieron definitivamente la puerta a la exploración del interior del continente; esto es innegable. También es cierto que el avance y reconocimiento de las costas de Paria, el Darién, Panamá y norte de Brasil hubo de hacerse en buena medida al ritmo que marcaba la actitud –hostil en unos casos, acogedora en otros– de los nativos. Y ello, unido a una mediación lingüística malograda por la falta de intérpretes cualificados, precipitó en ocasiones el rápido abandono de las zonas descubiertas, según se desprende de las fuentes consultadas.<sup>23</sup> Ocurre al contrario cuando se logra establecer un clima de armonía con los habitantes nativos (de hecho, Cristóbal Guerra y Alonso Niño prolongan su estancia durante cerca de tres meses en la zona de la Curiana, al noreste de Venezuela, “atraídos por la bondad de los naturales”) y se mejora en el conocimiento mutuo de la lengua y de la cultura. Cuando por algún motivo se prolonga la estancia entre los nativos y existe una actitud más favorable por parte de los españoles, parece incrementarse también la cantidad (¿y quizá la calidad?) de la información recogida. Y quizá los exiguos resultados obtenidos desde el punto de vista económico tengan que ver también con esta ausencia de estrategias de comunicación eficaces, algo de lo que también se hace eco el cronista durante el primer viaje de Ojeda: “Hallaron en esta tierra poca señal de oro, aunque alguna, ni de otra cosa que fuese de valor; *echábanlo a que no entendían la lengua*: mayormente, que hallaban diversas lenguas en una provincia”.<sup>24</sup>

23 Así ocurre en la primera expedición de Vicente Yáñez por la costa de Paria: “Viendo, pues, los nuestros que tan mal les iba con aquellos, con harta tristeza de perder los compañeros, alzaron las velas, y por la costa abajo, cuarenta leguas al Poniente, descendieron”. Las Casas, *Historia*, cap. 172, pág. 457. “Prosiguiendo, pues, hacia el norte del río, por exigirlo así las revueltas del litoral, volvieron a ver el polo ártico”. Anglería, *Décadas*, I, libro IX.

24 Las Casas, *Historia*, I, cap. 164, pag. 433. (La cursiva es mía).



De nuevo aquí, Vicente Yáñez parece ser el más consciente de que esta coyuntura beneficiaba al curso de la expedición: “Pero cuando ya la mayor parte de los nuestros trabaron un trato más familiar, mezclándose las lenguas de unos y otros, averiguaron que ellos observaban varias ceremonias y varios ritos”.<sup>25</sup>

Como he intentado mostrar en estos breves comentarios, no me parece casual que en la mayoría de los *viajes menores* que hemos considerado aquí sean escasas las noticias sobre los intérpretes y abunden, en cambio, aquellas que dan fe de los escollos, a veces insalvables, que planteó la comunicación entre europeos e indígenas. Sin ánimo de excluir otros factores no menos importantes que ya he mencionado aquí, creo que el revés sufrido por los europeos cuando necesitaron establecer contacto con los habitantes de las nuevas tierras descubiertas estuvo también propiciado por un modo de acercamiento que rehusaba “conocer”, no sabemos si en aras de una mejor y más rápida exploración. Y de ahí el título de esta ponencia. Salir del estupor puede significar avanzar *hacia* el Otro o *contra* el Otro, según sea la intención última de ese encuentro. La primera actitud supone un profundo conocimiento de la alteridad y pasa también por el conocimiento y la comprensión de la lengua en la que se expresa ese otro. Algo que lamentablemente no existió... hasta mucho tiempo después.

25 Anglería, *Décadas*, I, cap. IX, pág. 80.

